

¿2.339?

Son el número de personas de mi pueblo, Andoain, que en las pasadas elecciones generales del 20 de diciembre votaron a Podemos. Unos meses antes, en las municipales de mayo, Podemos –dividido en dos candidaturas Ganemos e Irabazi- había obtenido un total de 997 votos.

1.342 nuevos votantes en apenas seis meses. Un avance realmente espectacular. No pretendo en este apunte hacer una tesis doctoral sobre Podemos en mi pueblo, pero 1.342 y 2.339 me sirven como excusa para unos apuntes a vuela pluma sobre las pasadas elecciones.

1.- Ciertamente, los nuevos 1.342 votantes no son nuevos votantes, proceden de la abstención o son andoaindarras que en anteriores elecciones habían votado a otras fuerzas políticas. Y esto me da pie a la primera reflexión. El tipo de elección y las circunstancias coyunturales del momento siempre han condicionado los resultados electorales, siempre. Y ahora también. Lo que quizás se está empezando a revelar cada vez con mayor fuerza y de modo estructural es el fenómeno de la volatilidad del voto. Hoy es todavía mayoritario el voto “cautivo”, el voto fiel, el voto emitido desde la identificación y la lealtad racional y emocional a unos partidos y a unas siglas –especialmente en el caso de los partidos históricos-. Pero cada vez más, y especialmente entre las nuevas generaciones, el voto es un voto volátil que, en gran medida, tiene que ver con la lectura individual que el elector hace del momento político y de sus expectativas para los próximos cuatro años. ¡No nos durmamos en los laureles!

2.- No sé si Mariano Rajoy o Pedro Sánchez conseguirán mayoría suficiente para formar gobierno. No parece tarea fácil, dada la competición de líneas rojas que parece haberse puesto en marcha en el Estado. Y esto me lleva a una segunda reflexión sobre una asignatura demasiadas veces pendiente: la cultura del acuerdo. Tenemos interiorizados el diálogo y la negociación política en términos de ganar-perder, y vivimos el acuerdo como renuncia, fracaso y traición a nuestros principios. Largo plazo, visión estratégica, bien común, construcción colectiva de un mínimo común denominador para la convivencia... no son hoy moneda de uso. Nos sentimos más cómodos con la aritmética, la calculadora y el pan nuestro para hoy, aunque sea hambre para todos mañana.

3.- Hay una cosa que me irrita especialmente en los análisis postelectorales: las previsiones apocalípticas de determinados poderes fácticos en su intento de desnaturalizar la voluntad democrática expresada en las urnas. Claro que la estabilidad, la confianza y la certidumbre han de ser pilares sólidos del sistema, máxime en un Estado como el español que a día de hoy depende la financiación externa, pero ya está bien del intento de los grandes poderes económicos globales de someter la voluntad democrática a sus dictados en aras de una supuesta racionalidad económica que no oculta sino poder y control. La política no puede ni debe ser una marioneta al servicio de las fuerzas del mercado. Votar es un acto de corresponsabilidad, un acto de aportación a la construcción de la comunidad y, cada vez más,... ¡un acto de rebeldía!